

Vissi d'arte



Yo tengo la visión del porvenir. Buenos Aires, dentro de unos cuantos años, muy pocos, no sólo será el asombro de los huéspedes distinguidos que vengan á visitarnos, ya sean conferencistas ó aviadores, sino que ha de quedar consagrada como la primera capital del mundo. Y aquí todo el mundo tendrá capital.

Hay es enviable nuestro progreso, pero no hagan ustedes caso de la envidia. Mucho hemos conseguido y qué! Estamos en la infancia del arte, séalo sea con modestia. Aspiramos á más.

Porque es preciso fijarse en que hasta ahora todo lo que hemos podido lograr es que nos igualemos en la comparación con otras grandes poblaciones. Los ingleses dicen que esto se parece á Londres hasta en la neldina y en el whisky. Los franceses se hacen la ilusión de encontrarse en París, y la Avenida de Mayo es para ellos como un bulevard con soda. Los italianos no echan de menos para nada la Ciudad Eterna, ni las palomas de San Marcos, en Venecia, ni el golfo de Nápoles, ni los taurines. Los españoles aquí encuentran hasta el chocolate con bufines. Los mismos alemanes beben la cerveza por *chops* ó por botellas, mientras miran complacidos á nuestros soldados que llevan los cascos.

Ahora bien, yo quiero que seamos incomparables. Eso es lo que propongo. Hace falta cierta originalidad. Desconfiamos de las imitaciones, porque hay ruines falsificadas que no vacilan en lucrarse á costa de la humanidad doliente.

Vamos á ver, ¿de qué nos sirve comprar automóviles, bicicletas y hasta aeroplano y globos dirigibles? ¿De qué tener ascensores, luz eléctrica, calefacción y cuarto de baño y tranvías en todas direcciones? Eso lo hay por doquier. Lo mismo que la pavimentación por asfalto, el adoquinar, las aguas corrientes, las calles, los parques, los jardines, la plaza del Congreso, la de la Victoria y la de don Victorino de la idem, que es plaza de vice.

¡Dónde está lo típico! ¡Lo que nos distingue del resto de los mortales! Necesitamos algo raro, exclusivo, que nos dé sombra propia y llame la atención por el contraste. Tenemos que hacernos una cara, como dicen los artistas franceses. ¡No! Blanco como el velo de una desposada, negro, como el bigote negro, enlutado, inauditablemente. Desde luego, hasta cuando sale muchísimas veces, siempre que las cintas

de las ceremonias oficiales, los espectadores se quedan sorprendidos exclamando: "¡Ese no es un hombre vulgar como los que le acompañan!" Y esto prueba que los espectadores tienen buen ojo y saben distinguir. Añadan ustedes que como es rico, sabe cuidarse "al pelo" y tiene peluquero que va á peinarse y perfumarle la cabeza todos los días. ¡Hermosa cabeza! Y con seso. ¡Qué diría la zorra si la ollera!

Pues bueno. Buenos Aires, que es la cabeza de la república, necesita también distinguirse por la novedad con algo, aunque fuera extravagante.

Dicen que vuelven á ponerse de moda las proyectadas avenidas y que serán diagonales, porque es lo que más se lleva hasta para los chalecos de fantasía. Es decir, vuelta á las imitaciones! ¡No nos admirarán nunca! ¡Por vida de Bouvard! Yo no haría nada diagonalmente. Se opone á ello mi rectitud. Además, ya veremos lo que sucede en cuanto empiecen las expropiaciones. Antes de que podamos andar por la primera de esas avenidas, estaremos metidos en un laberinto y hasta en un callejón sin salida. Me parecería mucho más acertado que hicieramos unas cuantas calles en sisig como vulgarmente se dice. Nada de líneas rectas, en ningún sentido. Todas quebradas... y concurso de acreedores, pagando el veinte por ciento, como en casos de quiebra se acostumbra.

Y si no se quiere esto, propongo la forma circular. Precisamente es la más indicada, porque se trata de facilitar la circulación. A mí, como á todos los de nuestro sexo, nos gustan mucho las curvas. Los extranjeros llegarían aquí y nos maravillarían con asombro.

Tanto Anatole France, como Clemenceau, Mascagni, como Ferri; tanto Paúl Pon, como Raúl de Bouchet, y el mismo Cattaneo, habrían de preguntarnos:

—¿Dónde está aquél Buenos Aires que nosotros amábamos como una segunda patria nuestra?

—Señor, nunca segundas patrias, digo, partes, fueron buenas. Nos estamos deseuropizando.

—Esto ya no es igual á París, á Roma, á Londres, á Madrid. ¡Por qué han hecho ustedes eso!

—Porque á nosotros antes todo nos era igual.

—¡Y ahora!

—Ahora, ya lo ve usted. Tenemos estilo propio.

—Y han adoptado ustedes las curvas, ¿por qué?

Por simbolismo. Con las expropiaciones se ha hecho muchos negocios redondos.

DIEGO DE MIRANDA.

